



Cazando imágenes

Fotografías de Francisco Ontañón
para *El libro de la caza menor*
de Miguel Delibes



Cazando imágenes

Fotografías de Francisco Ontañón
para *El libro de la caza menor*
de Miguel Delibes

EXPOSICIÓN

Comisario: José María Parreño

Coordinación: Alfonso León (Fundación Miguel Delibes)

y Claudia Schaefer (Galería arteSonado)

Diseño: Enrique Bordes

Todas las fotografías de Francisco Ontañón de esta exposición son copias al clorobromuro de plata virado al selenio sobre papel baritado. Copia póstuma, 2014. 30 x 40 cm

Positivado en copia analógica: Rubén Morales

Digitalización negativos: Paco Gómez/NOPHOTO

Enmarcado: Enmarcaciones CE

CATÁLOGO

Edita: Fundación Miguel Delibes

Diseño: Enrique Bordes

Coordinación: Claudia Schaefer (Galería arteSonado)

Corrección de textos: Amparo Medina-Bocos

Digitalización copia analógica: Angélica Soleiman-Nacho Rubiera/SYBARIA

Impresión y encuadernación: VA Impresores S.A.

© de la presente edición: Fundación Miguel Delibes

© de los textos: José María Parreño y Alfonso León

© de las fotografías de Francisco Ontañón: Herederas de Francisco Ontañón

Agradecimientos: Diego de la Fuente Casas, Cristina Palomino Rivilla

EN CUBIERTA

Francisco Ontañón

Caza, agosto 1963

DL VA 893-2014

Con la colaboración de:



Delibes, la caza y la fotografía

En una carta de 2 de noviembre de 2003, el fotógrafo Francisco Ontañón escribía a Miguel Delibes lo siguiente: “[...] lo peor que tiene la maravillosa fotografía [es que] te recuerda horas y momentos muy felices que ya no se pueden repetir. Es una cabronada!”.¹ Es la última carta de Ontañón que se conserva en el archivo del escritor y hace referencia a unas imágenes tomadas cuatro décadas atrás. Entonces, el éxito obtenido por Lumen con *La caza de la perdiz roja*, un libro de contenido estrictamente cinegético, escrito por Delibes e ilustrado con fotografías de Oriol Maspons, llevó al novelista a escribir a su editor en Destino, José Vergés, en estos términos: “[...] he acabado de dar forma a mi proyecto de hacerte un libro para la colección «Ser o no ser» que se titularía algo así como *El libro de la caza menor*. Se trata de hacer un estudio actual —a través de observaciones personales mías— de la caza de la codorniz, perdiz, conejo, liebre, paloma, tórtola, etc., en España, ilustrado con abundantes fotografías. Como quiera que un gran fotógrafo de Madrid, Ontañón, me acompañó en varias excursiones y tiene ya bastante material, he hablado de esto con él y le ha ilusionado la idea. Él podría enviarte algunas de las fotos que tiene (fotos vivas, directas... y buenas) para que te formes un juicio”.²

El nuevo libro salió del encuadernador camino de las librerías en la primavera de 1964. Con ese motivo Vergés escribe a Delibes para avanzarle la remisión de los primeros ejemplares: “En líneas generales, creo que el libro ha quedado bien. La sobrecubierta es muy bonita, pero las fotografías quizás no han dado el resultado que esperábamos. Es

1. Carta de Francisco Ontañón a Miguel Delibes, 2 de noviembre de 2003. Archivo Fundación Miguel Delibes.

2. Carta de 20 de marzo de 1963, en Miguel Delibes y Josep Vergés: *Correspondencia, 1948-1986*. Barcelona, Destino, 2002, p. 198.

3. Carta de 18 de junio de 1964, en *ibídem*, pp. 222-223.
4. Esther Tusquets: *Confesiones de una vieja dama indigna*. Barcelona, Bruguera, 2009, p. 75.

realmente muy difícil trabajar en huecograbado sobre un material fotográfico tan duro como el que entregó Ontañón. La mayoría de las fotos estaban desenfocadas, cosa inevitable operando sobre temas en movimiento y, además, sabemos por experiencia cuán difícil es reproducir los pinos, arbustos y malezas. Por regla general, acostumbran a quedar mal. En los originales había un exceso de contraluces y negro”. A la vista está que el editor no estuvo plenamente satisfecho con el resultado y, tras culpar a conejos y liebres de su tendencia natural a no estarse quietos y a los pinos por su escasa fotogenia, continúa diciendo: “Hago esta crítica, no para desmerecer las fotografías de Ontañón, sino para excusar un poco los defectos de impresión, que a lo mejor no serán percibidos por el público pero que yo debo confesarte claramente”.³

En efecto, *El libro de la caza menor* soporta mal la comparación en materia de reproducción de fotografías con el libro precedente, el ya referido *La caza de la perdiz roja* (1963), o con el poco posterior, del mismo autor, *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964), en este caso con fotografías de Ramón Masats. Ambos forman parte de la colección “Palabra e Imagen” que Lumen puso en circulación a comienzos de los sesenta. Su editora, Esther Tusquets, diría de ella: “«Palabra e Imagen» es fruto de un hecho casual. Eran unos momentos en que la fotografía estaba de moda. Barral el Magnífico la utilizaba —y era una novedad— para las cubiertas de Biblioteca Breve; se publicaban, sobre todo fuera de España, hermosos libros de fotografía; se oía con frecuencia la dudosa afirmación de que «una imagen vale más que mil palabras» [...]”.⁴ Y en otro momento aclarará, refiriéndose a los editados

por Lumen, que son “libros procedentes de la estrecha colaboración en plano de igualdad, entre un escritor y un fotógrafo”.⁵

Ediciones Destino, como otras editoriales, siguió —a cierta distancia— la estela de Lumen en este ámbito incipiente del “fotolibro”. El hecho de que Ontañón ya hubiese acompañado a Delibes en sus partidas de caza, tomando fotografías, facilitó el trabajo. Además, parte de los textos y fotografías que compondrían *El libro de la caza menor* habían aparecido antes en la revista *Destino* publicados en artículos sueltos. La misma fórmula se repitió un par de años más tarde al publicarse *USA y yo*, una serie de crónicas centradas en la experiencia norteamericana de Miguel Delibes tras pasar un trimestre en Estados Unidos invitado por la Universidad de Maryland como profesor visitante del Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras. Se recurrió en esta nueva ocasión a la colaboración de Oriol Maspons y Julio Ubiña, fotógrafos que ya contaban con repertorios de imágenes de estética norteamericana, principalmente de la ciudad de Nueva York, y que se usaron para las crónicas, y posterior libro recopilatorio, basadas en la observación y el análisis de la sociedad americana por Miguel Delibes.⁶

Pues bien, éste es el contexto, someramente descrito, en el que se desarrolla esa relación de Miguel Delibes con la fotografía, y más concretamente con la imagen aplicada a la edición literaria y en la que destacan los libros de contenido cinegético. De ahí que, desde la Fundación Miguel Delibes, a la hora de aproximarnos a este capítulo tan personal de la producción del novelista castellano, hayamos considerado interesante desandar parte del camino, y para ello recuperar y exponer las imágenes de forma individualizada como método de acercamiento a un

5. *Ibidem*, p. 76.

6. Estos dos fotógrafos habían hecho acopio de material gráfico para la edición en “Palabra e Imagen” de *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca. Véase Horacio Fernández y Javier Ortiz-Echagüe, “A modo de introducción”, en *Fotos & libros. España 1905-1977*. Madrid, MNCARS, 2014, p. 59.

7. Cf. *La caza de la perdiz roja*, en *Obras Completas*, V. Barcelona, Destino, 2009, p. 19.

mundo que hoy nos resulta lejano. Con este fin hemos tomado *El libro de la caza menor* como objeto de estudio, gracias a la posibilidad de trabajar con el legado gráfico de su ilustrador, legado custodiado y gestionado por la Galería arteSonado de La Granja de San Ildefonso (Segovia). El archivo de Paco Ontañón nos ha brindado la ocasión de ver, como por primera vez, escenarios, personajes y acciones de los que no teníamos una visión ni tan completa, ni tan nítida. Las piezas, las técnicas y las circunstancias de la caza menor en la España de los sesenta, objeto principal del libro, vistas a través de estas fotografías tienen un interés documental de primer orden, pero no es inferior el interés de los paisajes, y no digamos el del paisanaje. Un testimonio impagable de un momento de nuestra historia reciente, preámbulo inmediato del posterior desarrollo acelerado y el consecuente cambio de hábitos derivado de la modernización del campo, que modificaría definitivamente la relación del hombre con el medio rural. Cabría concluir que tenemos en las fotos de Ontañón que componen esta exposición, magníficamente ampliadas de forma analógica a partir de negativos originales, el testimonio gráfico de los que quizás han sido los últimos en poder llamarse con propiedad cazadores: hombres libres, sobre tierra libre, contra pieza libre.⁷ Momentos felices que ya no se pueden repetir.

Alfonso León
Director
Fundación Miguel Delibes

Disparar al cazador

La aparición en mayo de 1964 de *El libro de la caza menor*, de Miguel Delibes, con fotografías de Francisco Ontañón, publicado por Destino, obtuvo una amplia recepción por parte de la crítica, que fue unánime en sus elogios. En varios de estos artículos se lo comparaba con *Diario de un cazador* (1955), Premio Nacional de Literatura de aquel año. Éste era, literalmente, el diario de los trabajos y los días de Lorenzo, bedel de un instituto en una pequeña ciudad de provincias, cuya afición a la caza era el centro de su existencia. A ninguno de los críticos, sin embargo, se le ocurrió establecer comparaciones con un libro de más reciente aparición: *La caza de la perdiz roja* (1963). El género de éste era muy distinto: con formato cuadrado y de mayor tamaño que un libro convencional, combinaba equilibradamente en sus setenta y dos páginas textos e imágenes. Aquí encontrábamos un largo diálogo, entreverado de reflexiones cinegéticas, entre el narrador y Juan Gualberto el Barbas, un experimentado cazador de pueblo. El texto discurría en amplia tipografía sobre grueso papel gris verdoso. Las fotografías, de Oriol Maspons, eran retratos —muchos en primer plano— de humanos y animales, bodegones y paisajes, y alguna instantánea de cazadores en acción. Seguía las pautas de la colección “Palabra e Imagen”, de la editorial Lumen, cuya editora, Esther Tusquets, había dicho para presentarla: “No son libros de fotografía, no son libros de arte, no son obras literarias”, sino “un concepto nuevo”.¹ Volvamos atrás: los críticos no tuvieron en cuenta la importancia del elemento visual del libro ni el recurso literario —la combinación de diálogos y reflexiones—, dos

1. Las palabras de Esther Tusquets proceden de sus *Confesiones de una editora poco mentirosa* (2005) y están citadas en *Fotos & Libros. España 1905-1977*. Madrid, MNCARS, 2014, p. 47.

elementos que habrían orientado sus comparaciones hacia *La caza de la perdiz roja*. Pero no se trata ahora de enmendarles la plana. Si nos detenemos en estos pormenores es para señalar que mientras que la crítica “literaria” —como veremos— valoró sólo relativamente el importante contenido visual del libro, su peculiaridad impidió que alcanzara toda su potencia visual y fuera acogido en los círculos de amantes de la fotografía. ¿Cuál es esta especificidad? Ser, con sus doscientas dieciocho páginas de texto, un tratado de caza en sentido estricto y no “ese concepto nuevo” que empezaba a ponerse en boga —y no sólo en la colección de Lumen—. Pero es que también contiene noventa y seis láminas con ciento veinte fotografías, agrupadas en doce bloques meditadamente intercalados. Es decir, además del texto, contiene un amplísimo reportaje —o un ensayo fotográfico— que constituye por sí mismo una *narración paralela*. Es esta peculiaridad, que las fotografías de Francisco Ontañón funcionen como discurso autónomo y no sólo acerca de la caza sino también acerca del escritor / cazador y acerca de la España de su época, lo que nos impulsó a organizar esta exposición. Vale la pena confesar que tiempo después de haberla así concebido encontramos un pasaje de una de las reseñas mencionadas —del sagaz crítico que fue Dámaso Santos— que coincidía plenamente con nuestra intuición: “Hay un segundo narrador en el libro —también personaje en las prosas de Delibes— que es el fotógrafo Ontañón, cuya excelente cámara ha captado con vivacidad y fuerza ilustrativa muchos de los momentos de la caza y episodios del mismo relato”.

El centenar de fotografías que aparecen en el libro son una selección de un total de alrededor de trescientas cincuenta que Francisco



Día de caza, 15.1.1962

A3-3 MD 3 2 4



Caza con hurón en Mérida, agosto 1963

A3-16 MD 30A

Ontañón realizó entre 1961 y 1963, acompañando a Miguel Delibes y su cuadrilla. En esta exposición hemos seleccionado treinta y nueve de ellas, algunas de las utilizadas y la mayoría inéditas. Su temática no se reduce a la caza, ni mucho menos. En estas salidas al campo, Ontañón tuvo ocasión de fotografiar algunos de sus temas preferidos: retratos de grupo, interiores, vida rural... Imágenes todas que perfectamente pueden integrarse en las series que realizó a lo largo de su vida. Por otro lado, las indicaciones de Delibes, o simplemente enfocar la cámara en la dirección en que éste miraba, produjeron un conjunto de fotos que documenta los intereses del escritor. Es, en este sentido, la visualización de su mundo.

La primera mención que encontramos acerca de este proyecto es una carta de Miguel Delibes a su editor, José Vergés, de 20 de marzo de 1963. La cita es larga, pero necesaria por cuanto revela el origen y el objetivo del libro: “A la vista del éxito sorprendente de *La caza de la perdiz roja* y de mi creciente afición a este deporte he acabado de dar forma a mi proyecto de hacerte un libro para la colección «Ser o no ser» que se titularía algo así como *El libro de la caza menor*. Se trata de hacer un estudio actual —a través de observaciones personales mías— de la caza de la codorniz, perdiz, conejo, liebre, paloma, tórtola, etc., en España, ilustrado con abundantes fotografías. Como quiera que un gran fotógrafo de Madrid, Ontañón, me acompañó en varias excursiones y tiene ya bastante material, he hablado con él de esto y le ha ilusionado la idea. Él podría enviarte algunas de las fotos que tiene (fotos vivas, directas... y buenas) para que te formes un juicio”.³ Vemos, pues, que la propuesta de hacer el libro parte de Delibes. Bien es verdad que años atrás José

3. Carta de 20 de marzo de 1963, en Miguel Delibes y Josep Vergés: *Correspondencia, 1948-1986*. Barcelona, Destino, 2002, p. 198.

4. Carta de Vergés a Delibes, de 24 de octubre de 1958, en *ibídem*, p. 175.

5. Por ejemplo, “El primer día de la temporada”, *Destino*, 1.381 (25.1.1964), pp. 13-17.

6. Cf. cartas de 1 de enero de 1964 y de 24 de enero del mismo año, en Miguel Delibes y Josep Vergés, op. cit., pp. 209 y 211, respectivamente.

7. Miguel Delibes: *El libro de la caza menor*. Barcelona, Destino, 1964, p. 73. La obra a la que se refiere Delibes es el *Tratado de la caça del buelo* (1654), de Fernando Tamariz de la Escalera.

Vergés ya le había propuesto escribir sobre el asunto para la revista *Destino*: “Voy a proponerte un artículo largo [...] sobre la caza en general. Impresiones de un cazador. Lo que quieras, mientras [...] los actores seáis tú, las perdices, los conejos y las liebres”.⁴ En efecto, en *Destino* se publicó algún artículo de este cariz,⁵ pero la idea del libro, y del libro ilustrado, es de Delibes. Como confiesa en la citada carta, se le ocurrió a partir de la aparición —y del éxito— de *La caza de la perdiz roja*. De hecho, Delibes insistiría en más de una ocasión en seguir esa pauta: “Te reitero la conveniencia de hacer un volumen de letra grande, amplios márgenes y demás...”. Y unos días después: “Por otra parte te recuerdo la conveniencia de que la letra no sea pequeña ni las líneas apretadas. El cazador no suele ser gran lector y hay que facilitarle las cosas”.⁶ Sin embargo, la propuesta de Delibes era contradictoria, le ilusionaba producir un libro visual, pero por otra parte planeaba un texto sistemático y completo, lo que se conoce por un “tratado de caza”. Delibes, evidentemente, conocía este tipo de libros. Menciona uno de ellos, “el de un tratadista de caza del siglo XVII, don Fernando Tamariz”,⁷ al hablar de las variedades del vuelo de la perdiz. También conoce libros cinegéticos como ese al que antecede el célebre prólogo de Ortega —de cita inevitable cuando en aquellos años se hablaba de caza— *Veinte años de caza mayor* (1943), del conde de Yebes. La historia de los tratados en nuestro país se remonta a mediados del siglo XIV, de cuando datan el *Libro de la montería*, de Alfonso XI; el *Libro de la caza*, del infante don Juan Manuel; y el *Libro de la caza de las aves*, de Pedro López de Ayala. Del siglo XVII es *Origen y dignidad de la caza*, de Juan Mateos, ballestero mayor de S. M. Felipe IV. Del XIX, los varios y notables títulos



Caza de perdiz, mayo 1963
A3-8 - MD Sin ref



Día de caza, 15.1.1962

A3-31 MD 3 2

de Antonio Covarsí... Para completar la semejanza entre el nuestro y aquellos, cabe añadir que la mayoría están ilustrados, los primeros con grabados y los últimos con fotografías. Podemos afirmar, por tanto, que éste es el otro modelo que guiaba a Delibes y en realidad al que más se asemeja el resultado final. Excepcionalmente, dos de las críticas, la de F. J. Martín Abril y la J. L. Vázquez-Dodero,⁸ detectan esa relación y comparan el libro de Delibes con el del canciller López de Ayala.

Examinando el conjunto de las reseñas comprobamos que sólo en menos de la mitad se hace alusión a las fotografías de Ontañón: “Los grabados del libro están firmados por el estupendo fotógrafo que ha logrado con instantáneas muy precisas dar una nueva dimensión al bellísimo libro de Delibes...”⁹ “El libro se enriquece con las magníficas fotografías de Francisco Ontañón. Son fotografías de alta calidad que constituyen un reportaje profundamente expresivo de la vida de estos cazadores en el campo”.¹⁰ O “libro de muy amena y provechosa lectura, que en el centenar de espléndidas y vivacísimas fotografías de Ontañón tiene condigno complemento”.¹¹ A pesar de estas menciones, un detalle revelador de la valoración de las fotografías es que ni en uno solo de los casos en que el artículo se ilustra con imágenes de Ontañón se identifica en el pie de foto su autoría. Por otro lado, es interesante ahondar en el paralelismo entre las imágenes y el texto. Ontañón escribe lo siguiente a Delibes: “Estoy de acuerdo en lo que dices del ojeo, pero no tanto en lo de los primeros planos de perdiz, en mis contactos hay perdices, yo las he visto, ahora bien no son primeros planos, y creo en mi opinión, no interesa hacer una foto de estudio de la perdiz, pues el libro, en cuanto a la parte gráfica, puede perder espontaneidad, estas fotos deben dar

8. En el diario *Ya* (24.7.1964) y en la revista *Blanco y Negro* (16.1.1965), respectivamente.

9. En el diario *Baleares*, s.n., agosto de 1964.

10. Julio Cienfuegos, en el diario *Hoy* (25.8.1964).

11. Diario *La Vanguardia*, s.n., 2.9.1964.

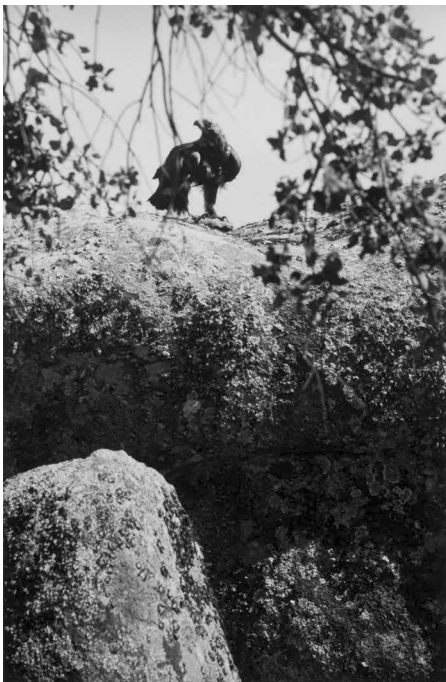
12. Carta de F. Ontañón a Miguel Delibes, 12.11.1963. Archivo Fundación Miguel Delibes.

13. Prueba de ello son libros como Félix Rodríguez de la Fuente y Francisco Ontañón: *Animales salvajes de África Oriental*. Madrid, Everest, 1970.

14. Miguel Delibes: *El libro de la caza menor*, ed. cit., p. 103.

sensación de que también son cazadas [...]. Ésta es mi modesta idea y mi deseo de así separarme un poco del libro de Oriol [Maspons]”.¹²

El libro comienza con un capítulo dedicado al primer domingo de la temporada y se cierra con otro dedicado al último. Entre ambos se desarrolla un pormenorizado estudio de la caza de las diferentes piezas: perdiz, codorniz, conejo..., hasta terminar ocupándose de las denominadas alimañas. La intención era que el fotógrafo reuniera material de una temporada completa, del primer al último día. Para ello, Ontañón se convirtió durante muchas jornadas en uno más de la partida, compartiendo madrugones y caminatas, almuerzos y siestas con sus cuatro miembros: Miguel Delibes, su hermano Manolo —Manolo Grande—, Manolo Monsalve —Manolo Chico— y Antonio Merino. Las suyas no son fotografías de naturalista, para las que habría tenido que utilizar teleobjetivos o ejemplares en cautividad. Tiempo después, a partir de 1968, la colaboración de Ontañón con Félix Rodríguez de la Fuente le convertiría en un especialista en fotografías de animales.¹³ Pero de cara a nuestro libro ya hemos visto cuál era su intención: “dar sensación de que las fotografías son también cazadas”. Para lograrlo, Ontañón ejerce de fotógrafo como Delibes de cazador. Y éste declara más de una vez a lo largo de estas páginas que la clave en su afición es la proporcionalidad entre las ganas de cobrar la pieza por parte del cazador y las posibilidades de escapar de la presa. Esto es, entre resistencia, habilidad y arma por un lado, y condiciones naturales y conocimiento del terreno del otro. Sin ese equilibrio la caza no merece tal nombre o al menos para él no tiene interés. Del mismo modo que Delibes se describe como “cazador a rabo, en mano, a salto, en guerra galana”,¹⁴ así anda Ontañón,



Caza en Mérida
A3-24 MD 25



Caza de perdiz, mayo 1963

A3-35 s ref

corriendo hasta perder el resuello tras los cazadores, armado con sus pesadas cámaras analógicas. De este modo, sus fotografías lograron la inmediatez y la espontaneidad de la mirada del cazador. En ellas las piezas aparecen a media y larga distancia, entrevistas y a veces desenfocadas, como si hubieran sido conseguidas con dificultad (exactamente como sucedía). Son imágenes, acostumbrados como estamos hoy a ver la naturaleza fotografiada con una sofisticada tecnología, que pueden parecernos pobres o elementales. En mi opinión es lo que les confiere interés, pues se corresponden a la perfección con el equipo y la actitud de estos cazadores. Ontañón recoge los distintos momentos de la caza y también sus técnicas: la caza con hurón, con reclamo o con cimbel. Y los distintos escenarios: monte bajo y pinar, dehesas y sembrados. Aparecen también algunos lugares específicos: el vivar o conejera, la charca... Es difícil, si no imposible, deslindar la temática cinegética de la de la naturaleza, como pasa entre la afición a una y a otra. Esta afirmación puede parecer contradictoria, pero, aunque luego volveremos sobre el asunto, baste de momento esta breve sentencia: “el hombre cazador [...] no sale al campo estrictamente a matar, y menos a matar mucho, a matar en competencia. Sale a descubrir la naturaleza”.¹⁵

Esto en lo que se refiere a la caza. Por otro lado, los tres años largos de colaboración generaron en el fotógrafo una genuina afición no tanto por disparar a los animales, cuanto por el conjunto de experiencias que la rodeaba: “¿Sabes que tengo un gran deseo de que vuelva el tiempo de la caza? Pienso volver los sábados y acostarme pensando que voy a madrugar y que estará el Chevrolet esperándome entre la niebla...”.¹⁶ Todos esos momentos son los que se reflejan en estas imágenes. Des-

15. *Ibidem*, p. 111.

16. Carta de Ontañón a Delibes, 15.02.1962. Archivo Fundación Miguel Delibes.

17. Los restantes miembros fueron inicialmente L. Cantero, G. Cualladó, P. Gómez, R. Masats y J. Rubio Camín. Posteriormente se sumaron F. Gordillo, G. Vielba, J. Dolcet y S. de Guzmán.

de el ritual matutino de la misa, el desayuno en el bar y el viaje, hasta la parada para almorzar, la siesta o la sobremesa, el momento final del reparto de las piezas y, por supuesto, los lances de caza. En la misma misiva citada, el entusiasmo de Ontañón llega al extremo: “En mi breve vida de reportajes, de ver cosas, de sentir cosas de aparatosa grandeza, de exotismo, no me había sucedido descubrir una cosa tan simplemente grande”.

Además de la caza, podemos distinguir tres temas en este conjunto de imágenes, temas que, en muchas ocasiones, encontramos superpuestos: la naturaleza, los efectos del progreso y el mundo rural. Superpuestos al menos en la figura de Delibes, que encarna al tiempo la figura del cazador y la del defensor del medio natural, y también la de quien elogia la vida de pueblo como salvaguarda contra un progreso en el que descubre consecuencias del todo indeseables. Delibes era, en toda la profundidad y anchura de la expresión, “un hombre de campo”. Ontañón, por su parte, ya había mostrado interés por preservar la imagen de una España agraria que desaparecía a ojos vistas. Su pertenencia, como miembro fundador, al grupo de fotógrafos bautizado como “La Palangana”,¹⁷ creado en Madrid en 1959, certificaba su decisión de dar testimonio verídico de un tiempo y un lugar. Las series de aquellos años, como las dedicadas a la trashumancia o a las fiestas populares, se prolongarían tiempo después en su estrecha colaboración con el Ministerio de Información y Turismo, creando imágenes para campañas turísticas. De ahí su interés personal por aprovechar la oportunidad que ahora se le ofrecía. El resultado fue una imagen de España que nos resulta completamente ajena, aunque nos separen de ella apenas cin-



Sin título, 1962
A3-27 MD sin ref

cuenta años. Un tiempo en el que los cazadores que iban a misa de siete el domingo por la mañana entraban con sus perros en el templo; y encontraban allí a los guardias del retén, los bomberos y dos docenas de sirvientas madrugadoras. Las imágenes que aquí encontramos —el joven padre con boina, las estancias de insólita desnudez, la percha de perdices colgada del techo, el desangelado real de una feria, la mujer sonriente bajo una solitaria bombilla y otras más— reflejan un país austero y aislado. Atado a las tradiciones, donde los hijos trataban a sus padres de usted y la televisión aún no se había convertido en una presencia ubicua. Sin embargo, no hay en las imágenes ni miseria ni compasión. Ontañón fija momentos espontáneos y rostros que no posan. Escenas de felicidad que el fotógrafo capta con complicidad —lo que ahora llamamos empatía—. Mientras que la gran mayoría de las fotografías de esta exposición pertenecen a diversos lugares de Castilla, las cuatro de formato cuadrado corresponden a una finca en Extremadura. Es llamativo el tono esteticista con que tiñe Ontañón este escenario: los personajes aparecen estáticos y es aquí el único lugar en que encontramos lo que podríamos llamar bodegones. Pero en todos los casos su mirada huye tanto de los agrios tópicos de la Generación del 98 como de la edulcorada imagen folclórica que en aquellos años se constituía como imagen exclusiva de lo español. Como fue característico del grupo “La Palangana”, su aspiración no era la denuncia ni el pintoresquismo, sino la rigurosa tarea de dar testimonio.

En relación con esto último, con el deseo de ofrecer un reflejo fiel de la España de su tiempo, encontramos también fotografías que encarnan uno de los argumentos que a lo largo del libro reitera Delibes. Me refiero



Día de caza, 15.1.1962

A3- 33 MD 4 2



Caza con galgos, octubre 1963
A3-13 MD 27

a la irrupción de lo que genéricamente llamamos progreso. El escritor se referirá en múltiples ocasiones a las consecuencias que tiene la gradual mecanización agrícola, por una parte, y, por otra, la creciente presencia de cazadores, en la población y el comportamiento de las especies. Con la minuciosidad que da un conocimiento exhaustivo, Delibes señala uno por uno cómo han variado los hábitos de animales que cada vez recelan más y aprenden mejor cómo esquivar a quienes los persiguen. Y lo más asombroso es que en el curso de una vida ha podido comprobar cómo ese cambio de hábitos se produce en ejemplares que no han tenido experiencias directas. Es decir, en el curso de una vida humana esa información aparece “de nacimiento”, incorporada al instinto. En la España de los sesenta conviven dos mundos, uno que está desapareciendo y otro que se impone rápidamente y sin posible retroceso. Torres de alta tensión ante las que cruza un grupo de caballistas, la furgoneta y el carro de ruedas de madera en el mismo escenario, la bombilla eléctrica colgando junto al fuelle. Especialmente reveladoras resultan las fotografías que Ontañón dedica al corral. Es el patio de la granja, el lugar por excelencia donde viven perros y gatos y, en semilibertad, gallinas y otras aves domésticas. Y en cuyas inmediaciones están cochiqueras y cuadras. Es allí donde hay un espacio reservado a los desperdicios de la casa, que, expuestos a las inclemencias y a la selectiva alimentación de los animales, emprenden el ciclo que primero los hace desaparecer y luego incorporarse a un organismo vivo. El corral ha sido en las culturas agrícolas tradicionales el elemento clave de su metabolismo. Por eso no puede ser más significativa la imagen en la que vemos en uno de ellos a un anciano empuñando una cámara. En los pueblos de la



Caza en Mérida, agosto 1963

A3-20 MD 14

España interior en esos años una cámara de fotos era la imagen misma del progreso.

Ontañón, acompañando a los cazadores, realiza una completa panorámica del estado del campo en las regiones visitadas. Decimos campo en vez de naturaleza porque esta última parece que se ha convertido en una construcción ideal, en el sentido de irreal e inaccesible, mientras que en “campo” se absorben los distintos grados y modos de transformación resultantes de la intervención humana. No hay una naturaleza intacta, no lo es siquiera la que se preserva artificialmente mediante los denominados Parques o Espacios Naturales. Muchas de las especies de caza menor habitan en zonas antropizadas, alimentándose de las cosechas, mientras que otras han sobrevivido gracias al establecimiento de cotos y al respeto de vedas. El campo de Ontañón, el de Delibes, no es un campo salvaje. Las dehesas han sido clareadas y los cultivos, cuidados. Nos referimos antes a la aparente contradicción de nuestro autor entre la afición a la caza y la defensa del medio natural. Delibes dio sobradas pruebas de practicar ambas. Como no hay que argumentar la primera, veamos la segunda. Nada más esclarecedor que su discurso de entrada en la Real Academia Española, en 1975, dedicado precisamente a su forma de entender el progreso. De forma sistemática y con vehementes razones —las referencias bibliográficas que utiliza indican un exacto conocimiento de las posiciones del ecologismo de la época— explica el escritor cómo a través de sus novelas ha querido defender un modo de vida que resistiera a un cambio de valores destructor de la buena vida. Y que fuera una voz de alarma “contra un progreso de atractiva apariencia pero donde la Naturaleza —inexcusa-

ble para la vida— viene siendo sistemáticamente sacrificada a la tecnología”.¹⁸ El interés de Delibes en dar a conocer estas ideas —y el éxito que tuvieron entre los lectores— dio lugar a la sucesiva publicación de dos títulos sobre esta temática: *La naturaleza amenazada* (1979), que recoge tres breves textos, uno de ellos el mencionado discurso, y *Un mundo que agoniza* (1979). Y es que del mismo modo que la prehistoria del ecologismo británico, por ejemplo, está ligada a la afición popular a la ornitología, y en los Estados Unidos, al Sierra Club y la preservación de los grandiosos paisajes naturales, en España tendríamos que incluir, entre otros elementos, esta defensa del medio natural forjada por algunos cazadores.

Las fotografías de Ontañón, lo hemos dicho, creemos que reflejan también una aguda sensibilidad hacia los valores de la vida campesina. Uno de ellos es la simbiosis de hombre y tierra, que aún en aquellos años podía contemplarse en muchos lugares tal y como se había establecido desde el Neolítico.

Todo ello puede verse en esta exposición, en realidad, mejor que lo que en su día pudo verse en el libro. Entonces, su editor dedicó en una de sus cartas a Delibes un largo párrafo excusándose por la calidad de las reproducciones y criticando acerbamente el material entregado por Ontañón. Citamos de nuevo *in extenso*: “La sobrecubierta es muy bonita, pero las fotografías quizás no han dado el resultado que esperábamos. Es realmente muy difícil trabajar en huecograbado sobre un material fotográfico tan duro como el que entregó Ontañón. La mayoría de las fotos estaban desenfocadas, cosa inevitable operando sobre temas en movimiento y, además, sabemos por experiencia cuán difícil es re-



Caza en Mérida, agosto 1963
A3-17 MD 37A

19. Carta de 18 de junio de 1964, en Miguel Delibes y Josep Vergés: *Correspondencia, 1948-1986*, ed. cit., p. 223.

20. Miguel Delibes: *El libro de la caza menor*, ed. cit., p. 31.

producir los pinos, arbustos y malezas. Por regla general acostumbran a quedar mal. En los originales había por lo demás un exceso de contraluces y negro. Hago esta crítica, no para desmerecer las fotografías de Ontañón, sino para excusar un poco los defectos de impresión, que a lo mejor no son percibidos por el público pero que yo debo confesarte claramente”.¹⁹ El visitante de esta exposición podrá valorar por sí mismo hasta qué punto Vergés se equivocaba en el diagnóstico, atribuyendo a los originales y no al sistema de reproducción el mediocre resultado. En su contra jugó también, desde luego, el formato. El nuevo positivado de las fotografías y tal vez una sensibilidad distinta nos hace ver las cosas de otro modo, convirtiendo lo que el editor consideraba deficiencias en aciertos y virtudes. Parafraseando la valoración del lenguaje empleado por Delibes en el libro, las fotografías de Ontañón son ejemplares por su “naturalidad y precisión”. Como ya señalamos, el logro del libro es ofrecer una mirada del fotógrafo que es paralela a la del cazador. Pero para terminar estas páginas, nada mejor que un comentario de cómo Delibes concebía el trabajo de Ontañón: “Ontañón, el fotógrafo que ha de venir a cazarnos a nosotros, los cazadores. Ontañón caza cazadores cazando. Ésta es su misión en este caso”.²⁰

José María Parreño



Un día de caza, 15.1.1962

A3-30 MD s ref



Sin título, 1962

A3-27 MD sin ref



Un día de caza, 15.1.1962

A3-30 MD



Un día de caza, 15.1.1962
A3- 30 MD



Sin título, 1962

A3-27MD 0 2



Día de caza, 15.1.1962

A3-5 MD s ref



Caza en Mérida, agosto 1963

A3-29 MD 15A



Caza en Mérida, tortolas, agosto 1963

A3-15 MD 32A



Caza de perdiz, mayo 1963

A3-36 MD 2 1



Día de caza, 15.1.1962

A3-5 MD sin ref



Caza en Mérida, tórtolas, agosto 1963

A3-15 MD42A



Caza con hurón, Mérida, agosto 1963

A3-16 MD 39A



Caza en Mérida, tórtola-torcaz, agosto 1963

A3-18 MD 28



Caza en Mérida, agosto 1963

A3-17 MD 11 A



Caza en Mérida, torcaz-hurón, agosto 1963

A3-19 MD 22



Caza en Mérida, agosto 1963

A3-25 MD D6



Caza en Mérida, tórtola-torcaz, agosto 1963

A3-18 MD 24



Caza, agosto 1963

A3-28 MD 38



Caza en Mérida, agosto 1963

A3-25 MD F9



Caza en Mérida, agosto 1963

A3-25 MD B 3



Caza en Mérida, tórtolas, agosto 1963

A3-15 MD 39A



Caza, agosto 1963

A3-38 MD 6



Caza, agosto 1963

A3- 37 MD 28A



Caza, agosto 1963

A3-28 MD 6



Día de caza, 15.1.1962

A3-3 MD 2 6.



Caza, agosto 1963
A3-9 MD 23 A



Sin título, 1962

A3-26



Día de caza, 15.1.1962

A3-31 MD 340

Miguel Delibes

(Valladolid, 1920-2010)



Foto: Francisco Ontañón

Miguel Delibes, uno de los nombres imprescindibles en la novela española de la segunda mitad del siglo XX, es también uno de los autores españoles más leídos y más traducidos. Profesor, periodista, cazador, padre de siete hijos, ecologista *avant la lettre*..., Delibes escribió sin apenas darse tregua. Cerca de sesenta títulos —novelas, cuentos, libros de viajes, obras sobre caza y pesca, títulos dedicados a los niños, un diario, algunos ensayos y multitud de artículos periodísticos— forman la obra de un autor comprometido con los problemas de su tiempo, gran conocedor de Castilla, amante de la naturaleza y dotado de un prodigioso dominio de la lengua.

La muerte, la infancia, la naturaleza y los problemas sociales aparecen como temas constantes en la narrativa de este escritor que alternó siempre literatura y periodismo y que no dudó en servirse de la ficción cuando la censura franquista le impidió denunciar en *El Norte de Castilla* —periódico al que estuvo ligado toda su vida y del que fue director entre 1959 y 1963, año en que presentó su dimisión— los problemas más acuciantes del campo castellano. Elegido miembro de la Real Academia Española en 1973, Miguel Delibes dedicó su discurso de ingreso a lanzar un mensaje de alerta ante la destrucción del medio ambiente, al tiempo que defendía un progreso basado en la relación equilibrada y armónica entre hombre y naturaleza.

Los numerosos premios institucionales recibidos por Miguel Delibes (Premio Príncipe de Asturias 1982, Premio de las Letras Españolas

1991, entre otros) culminaron con la concesión, en 1993, del prestigioso Premio Cervantes, el más importante galardón de las letras hispanas. Pero quizá el mejor de todos los premios fue el cariño y la fidelidad de unos lectores que puntualmente acudían a la cita cada vez que el autor volvía con un nuevo libro, fuera o no novela.

Hombre de fidelidades —a sus ideas, a sus amigos, a su tierra—, pesimista por naturaleza y buen conocedor de los problemas de su época, Miguel Delibes afirmaba que él no era un intelectual, pero su actitud y sus escritos son buenos testimonios de una postura crítica mantenida a lo largo del tiempo: la preocupación ética está siempre presente en el autor castellano, un decidido defensor de la dignidad y libertad humanas que nunca dudó en tomar partido por los personajes sencillos que pueblan su obra, víctimas por lo general de la historia que les ha tocado vivir.

Francisco Ontañón

(Barcelona, 1930 - Madrid, 2008)



Foto: Archivo Francisco Ontañón

Huérfano de resultas de la guerra civil, se vio obligado a ganarse la vida desde niño. Mientras trabajaba en un banco, descubrió casualmente la fotografía al visitar una agencia de publicidad. Ingresó como aficionado en la Agrupación Fotográfica de Cataluña en 1956. En 1958 se hizo socio de Afal (Agrupación Fotográfica Almeriense), que abanderaba la renovación de la fotografía en España. Trató de abrirse paso como reportero por cuenta propia, pero sin lograr buenos resultados. En 1959 se profesionaliza y empieza a trabajar en la recién creada Europa Press. Se instala en Madrid. Traba conocimiento con un grupo de fotógrafos de la Real Sociedad Fotográfica y con ellos funda “La Palangana”, integrada inicialmente por L. Cantero, G. Cualladó, P. Gómez, R. Masats y J. Rubio Camín (Ontañón es el autor de la fotografía del mencionado recipiente con los seis retratos de sus miembros, que se convertirá en su tarjeta de presentación). “La Palangana” es el núcleo de lo que posteriormente se llamaría Escuela de Madrid, que impulsó un cambio de rumbo en la fotografía madrileña, hasta entonces dominada por el pictorialismo y la fotografía de salón. Ontañón trabajó como fotoperiodista para *La Actualidad Española*, la agencia Picadilly Press, distintas revistas del Grupo Codex y, desde 1981, para el suplemento dominical de *El País*. Desde mediados de los sesenta, por razones profesionales, realizó reportajes en lugares poco frecuentes para la época, como Asia y África (en este caso acompañando a F. Rodríguez de la Fuente). En 1968 inició una colaboración con el Ministerio de Información y Turismo que se pro-

longará durante más de cuarenta años. Culminó esta labor con la realización de las fotos del libro conmemorativo de los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992. Es autor de las fotografías de un importante número de libros de arte, folclore y turismo, así como de cubiertas de libros y de discos. Entre sus colaboraciones con escritores destacan la realizadas con Delibes (*El libro de la caza menor*), Luis Carandell (*Vivir en Madrid*), Joan Perucho y otros (*Catalonia*), Alfonso Grosso (*Los días iluminados*) y Fernando Fernán-Gómez (*Imagen de Madrid y Tejados de Madrid*).

Su primera exposición individual tuvo lugar en 2006, comisariada por Laura Terré, en el Palau Robert (Barcelona). A esta le siguieron *Más que niños* (Galería arteSonado, La Granja de San Ildefonso, 2012) y *Lo social y lo humano* (Galería ValidFoto, Barcelona, 2013).

Ha participado en un sinfín de exposiciones colectivas, la primera en la Agrupación Fotográfica de Cataluña (1957). Destacan *Fotografía catalana dels anys cinquanta* (1982), *150 años de fotografía en España* (1998), *Seis fotógrafos de la Escuela de Madrid* (1988), *Tiempo de silencio. Panorama de la fotografía de los años 50 y 60* (1992), *La Escuela de Madrid: fotografía 1950-1975* (2006), *Mirades paral.leles: la fotografía realista a Itàlia i Espanya* (2006), *España Contemporánea. Fotografía, pintura y moda* (Madrid, 2013), *Joan Colom. Fotografías 1957-2010. Yo hago la calle* (2013) y *La Palangana* (2014).

Entre los galardones recibidos destacan el Premio Nacional Meliá de Periodismo Gráfico por un reportaje sobre el Coto de Doñana (1972), el Premio de Arte y Tradiciones Populares del Ministerio de Cultura (1982 y 1983) y el Premio Internacional Ortiz Echagüe (1985).

Sus fotografías forman parte de la Colección Permanente del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Este librito se terminó de imprimir el 12 de diciembre de 2014,
festividad de Nuestra Señora de Guadalupe.



FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
ENTIDADES EN EL PATRONATO



El Norte de Castilla



